

Aquel teatro del absurdo

JOSÉ LUIS
LANASPA

Eugéne Ionesco vuelve a Madrid, en esta ocasión a La Abadía, con *El Rey se muere*. Este autor, nacido en Rumanía y establecido en Francia, está considerado uno de los principales creadores del “teatro del absurdo”, que escribieron durante la década de los 50. No hay que olvidar que este género teatral, que se caracteriza por el rechazo al teatro realista, tuvo un precedente genial en Madrid, en donde Miguel Mihura escribió en 1932 *Tres sombreros de copa* bastante antes de que *La cantante calva* o *Las sillas*, de Ionesco, se instalaran en los escenarios de París casi como un atractivo turístico. También hay que decir que Mihura se adelantó veinte años al estreno de su propia obra, porque los empresarios y los directores no acababan de entenderla, hasta que por fin en 1952 subió al escenario del Teatro Español entre el asombro y el escándalo de los habituales. Era otro humor, una mirada distinta a lo que nos rodea. Dos mundos irreconciliables: el convencional lleno de trampas y la posible esperanza que termina en melancolía.

TEATRO

El Rey se muere

El Rey se muere, ahora en La Abadía, según su director, José Luis Gómez, es la obra más grande que se ha escrito sobre el morir, ese final que los humanos tratamos de eludir. En su diario, sincero y con su vida ya en declive, Ionesco habla de un amigo: “He aquí el despacho vacío, unos libros, su foto. Entre

toda la gente que hemos conocido, los muertos son ya mucho más numerosos que los vivos. ¿Cuándo aprenderemos y aprenderemos a esperar la muerte en lugar de temerla? Toda la humanidad debe ser reeducada en este sentido, la civilización es una mala partida que todo lo apuesta sobre la existencia, sobre la vida, sobre la Historia y sobre la política. Porque lo hemos apostado todo a la vida, no podremos ya vivir”.

El Rey se muere puede entenderse, según el ánimo del espectador, de muchas maneras. Es la historia del hombre medio contemporáneo rodeado de habituales circunstancias que obsesionan al autor: grietas en la casa (el refugio), noticias de terremotos y guerras, agobio de “sillas” y objetos de consumo que se multiplican y nos empujan..., todo hasta que increíblemente hay que marcharse de esta vida. Y ya no hay tiempo ni para perder el tiempo. Lo que visto desde la puerta de salida hace pensar. En el peor de los casos, merece la pena vivir. Aunque haya goteras y grietas, aunque haya tragedias, aunque haya políticos y vecinos algo pesados, merece la pena estar un rato más aquí, y darse cuenta. Y hay un fondo religioso, aunque no sea precisamente ortodoxo, en la obra de Ionesco. Para él, el estado de angustia humano es estar más allá del límite de este mundo: “Tenemos la impresión —dice— de que toda la creación es un velo que alguien, que algunos llaman

Dios, ha puesto entre él y nosotros. (...) Seamos pues los actores y entremos en el juego de Dios. (...) Quizás las almas no mueren...". (La dirección y la interpretación de *El Rey se muere* está a la altura de la obra. Y el público lo reconoce con sus aplausos.)

Don Quijote y otras maravillas cervantinas

Y sobre la cordura y la locura de esta vida que vivimos siguen hablando y caminando Don Quijote y Sancho Panza desde hace ya 400 años, cuando se publicó aquello que se le ocurrió escribir —no se sabe de dónde sacó el reposo para hacerlo— a Miguel de Cervantes. Ahora, Fernando Fernán Gómez, experto conocedor del Quijote y de Cervantes, como actor y académico de la Lengua, es el autor y el director de la obra *Morir cuerdo y vivir loco*, estrenada en Zaragoza y coproducida por el Centro Dramático de Aragón y el Centro Dramático Nacional. Una tragicomedia en seis cuadros, un prólogo y un epílogo, en la que, una vez más, sorprende la grandeza, la ternura y el humor del personaje. Ramón Barea interpreta el papel de Don Quijote y Enrique Menéndez, el de Sancho Panza.

La obra, desde Aragón, llegará al María Guerrero de Madrid y seguirá en gira por España, en donde después de cuatro siglos, los protagonistas más que

molinos de viento van a encontrarse aspas eólicas y posadas con una extraña comida llamada hamburguesa.

Y Albert Boadella, que quedará merecidamente en la historia del teatro español, recurre también a Cervantes en su estreno en Sevilla de una versión propia de *El Retablo de las Maravillas*, marginación de los que por sus venas corría

sangre judía que hoy sigue vigente con otras caras y motivos. Pícaros detrás del arte moderno, la política, la televisión... Entre los intérpretes, Ramón Fontseré. Pero sobre todo la dirección y el pensamiento de Boadella, uno

de los creadores e intelectuales españoles que se ha enfrentado con claridad y valentía a los equívocos "políticamente correctos" planteados en nuestra sociedad, con consecuencias imprevisibles, los equívocos de los nacionalismos feudales que intentan perdurar.